

Paula Dios Do Campo
IES Eduardo Blanco Amor (Ourense)
GALICIA



Sus ojos almendrados brillaban con la energía de siempre

No podía dejar de mirarla. Era ella, con su pelo bailando salvaje con el viento y esa sonrisa que lo iluminaba todo. Miraba al horizonte como si fuera lo más bello que había visto nunca. Su rostro reflejaba tanta emoción que la imité y dirigí mi mirada hacia ningún punto en concreto, esperando descubrir lo aparentemente apasionantes secretos que parecía que a ella ya le habían sido revelados. Sin embargo, me decepcioné un poco. Todo lo que había a nuestro alrededor eran montañas y montañas de arena coronadas por un enorme sol que parecía mirarme acusador. De repente, empecé a notar el calor y las gruesas gotas de sudor comenzaron a resbalar por mi frente. La miré, pero ella parecía no darse cuenta. Parecía vivir en su propio mundo, donde sucedían cosas tan interesantes que le impedían ver la realidad que a mi me asfixiaba más con cada segundo que pasaba.

- ¿No lo ves?

Su voz rompió el silencio que nos rodeaba y me dio unos segundos de paz, aunque seguía sin mirarme. Parecía tan concentrada...

- Creo... que no. ¿Debería ver algo? - contesté yo, con voz algo temblorosa.

Su boca no pronunció palabra alguna, pero la sonrisa que adornaba su rostro se agrandó un poco en respuesta y aparecieron unos pequeños hoyuelos en sus mejillas.

Se agachó y cogió un puñado de arena. Observó durante unos segundos cómo la arena se escapaba lentamente entre sus dedos. Cuando su mano quedó vacía, ella se levantó. Y echó a correr. Así, de improviso.

Yo me quedé quieta, mirando cómo se alejaba hasta que sólo distinguía su silueta oscura rompiendo el paisaje. Se paró en ese borde, en esa ninguna parte, y me pareció que se giraba hacia mi y levantaba un brazo.

La primera vez que me miraba y yo no pude admirar su rostro.

Y se desvaneció, como un espejismo lejano.

Entonces me encontré sola. Sola en aquel sitio que no conocía y rodeada de una nada que me apretaba, expectante. Así que corrí. No pensé y corrí, como ella lo había hecho. Para estar con ella o para desaparecer. El motivo no me importaba. Correr era lo único que ocupó mi mente durante varios minutos, hasta que las piernas me fallaron y me pudo el cansancio. Ella no podía estar muy lejos. Sin embargo, no la veía. Y, en el fondo, yo sabía que ella ya no estaba allí. Había desaparecido, sin dejar ninguna huella o marca en aquella arena que lo cubría todo.

Iba a rendirme. Iba a tirarme en la arena y dejar que me cubriera. Así yo también desaparecería, sin dejar rastro. Iba a hacerlo, cuando me pareció distinguir una columna no muy lejos. Di unos pasos en su dirección y apareció otra. Y otra. No sé cómo, pero saqué fuerzas de alguna parte de mi y corrí hasta llegar allí.

Las tres columnas se mantenían en pie milagrosamente sobre una plataforma de piedra con dibujos geométricos.

En el centro de la plataforma había un pequeño reloj de arena. Extrañada, me arrodillé frente a él y lo cogí. La arena que lo llenaba parecía normal, como la que me rodeaba, pero había unas palabras escritas en su borde superior: "el tiempo pasa. Mejor vívelo..."

Algo se abrió en mi mente y levanté la mirada. Y allí estaba ella, mirándome - a mí - y sonriendo. Apenas dio pasos. Aún así, yo no me levanté. Le devolví la sonrisa, y ella pareció darme las gracias. Entonces sopló el viento, pestañeé y se había ido, solo quedaba la arena. Y creo que, en ese momento, conseguí ver lo que ella veía. Cada grano de arena era una

parte de mi tiempo, algo que tenía que vivir. Aquel desierto era una inmensidad. No sé cuánto tiempo estuve mirando a nada en concreto, descubriendo sus secretos.

Una pequeña lágrima de alegría rodó solitaria por mi mejilla y giré el reloj de arena que aún sostenía en mis manos, a tiempo de ver cómo el final de la frase se escribía sola sobre la madera: "... por ti y por mí".